

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

ORDEN Y PROGRESO

Vivir para los demás

Vivir á las claras

HOMENAJE TRIBUTADO

Á

COLÓN

EN

LA SOCIEDAD POSITIVISTA



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

BANDERA, 73

—
1892

AÑO 104° DE LA GRAN CRISIS

HOMENAJE TRIBUTADO Á COLÓN

EN LA SOCIEDAD POSITIVISTA

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

ORDEN Y PROGRESO

Vivir para los demás

Vivir á las claras

HOMENAJE TRIBUTADO

Á

COLÓN

EN

LA SOCIEDAD POSITIVISTA



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

BANDERA, 73

1892

AÑO 104º DE LA GRAN CRISIS

HOMENAJE A COLÓN

EN EL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO
DE AMÉRICA



La glorificación del pasado debe encaminarnos al porvenir. Animados de este espíritu rindamos homenaje al insigne Colón, el más grande de los hombres del mar, que descubrió la América en la más atrevida navegación que se haya hecho jamás. Ese portentoso suceso llevó luego al pleno conocimiento del planeta que habitamos. A poco, en efecto, de haberse descubierto la América y bajo el impulso de tan colosal hazaña, Vasco de Gama llega al Asia, doblando el África, y en seguida la expedición Magallanes, atravesando por el estrecho que adquiere ese nombre el continente de Colón, da una vuelta entera á la Tierra. Con esto la Humanidad toma posesión de su verdadero hogar, cuya condición astronómica es fijada después por Galileo, Kepler y Newton, esos tres ilustres conquistadores del cielo, que hacen triunfar y perfeccionan el sistema de Copérnico, vislumbrado ya en la antigüedad por Pitágoras.

Cuando se verificó el descubrimiento de América, á fines del siglo XV, dos centurias ~~ya~~ que se hallaba en decadencia intrínseca el catolicismo. Documento característico á ese respecto, es la epopeya del Dante que abre el siglo XIV. En su libro inmortal el egregio poeta se sustituye á Dios para juzgar á los hombres, incluso papas y reyes. No se ve allí al teólogo, sino más bien al sociólogo, aunque obre todavía solo por presentimiento y se sirva de alegorías sobrenaturales. Iniciábase entonces una nueva civilización, que ha de cambiar por completo la faz del mundo, reemplazando el culto de Dios por el culto de la Humanidad. El último signo de verdadera vitalidad católica son ciertamente las cruzadas de los siglos XII y XIII, que surgieron bajo la inspiración del más ilustre de los papas. Su fin ostensible no logra realizarse, pues el sepulcro del pretendido fundador de la fe de la Edad Media, queda en poder de los musulmanes, pero ellas salvaron al Occidente de ser dominado por el Oriente. Además, la religión de San Pablo y la religión de Mahoma, familiarizadas entre sí, merced á las cruzadas, se neutralizaron mutuamente. Ninguna de las dos podía suplantar á la otra. San Francisco de Asís, que obtuvo permiso del Sultán de Egipto para predicar á los musulmanes, no hizo, á pesar de su ferviente celo, una sola conversión, y se volvió á Europa todo desconcertado. De católico á mahometano se ha pasado antes, que nó inversamente. Y ello proviene de que el monoteísmo oriental es más sencillo y lógico que el occidental. En ese tiempo ambos estaban por agotarse, perdida ya su gran fuerza moral anterior. Mas, por desgracia, la religión universal, que debía sucederles, se hallaba aun en las entrañas del porvenir.

Durante los siglos XIV y XV se efectúa la descomposición espontánea del teologismo bajo el influjo latente de la elaboración científica que tiende sobre todo á aplicaciones industriales. La brújula, la pólvora y la imprenta son los tres inventos más notables de esa primera jornada de los tiempos modernos. El hombre empieza á mirar mucho más la vida terrestre que la extraterrestre. Actívase la manufactura y el comercio. Toma vuelo la navegación alentada por la brújula. Facilitan las armas de fuego, la transformación de las milicias feudales en ejércitos permanentes que anuncian el noble destino normal de la fuerza pública, como exclusivamente destinada á la policía. El maravilloso invento de Gutenberg generaliza la lectura y despierta la sed de conocimientos. La relación seductora escrita por el célebre Marco Polo de su propio largo viaje por la India, impulsa hacia esa región de extraordinarias riquezas. Búscase un camino menos costoso que el terrestre. Existía una vaga tradición de haberse verificado en muy remota antigüedad una circunnavegación del África. El Portugal como más próximo á esa ruta trata de renovar la aventurada empresa. Sus marinos, en una serie de valerosas tentativas, consiguen llegar hasta el cabo de Buena Esperanza. Este punto alcanzaba el desarrollo náutico, cuando se presenta Colón con el proyecto tan nuevo como temerario de arribar á la India navegando por el Atlántico desde Europa hacia occidente.

· Si se investiga el génesis del gran pensamiento de Colón, se comprobará aquí como en todos los demás casos, que el hombre en cuanto idea ó realiza de benéfico procede siempre inconsciente ó conscientemente bajo el influjo de la Humanidad. Es indudable que aun lo

que parece más original tiene siempre antecedentes, que se remontan siglos á veces en la escala del tiempo, y que á manera de gérmenes se conservan á través de las generaciones, desarrollándose lentamente y medio olvidados también, hasta que llegada una situación propicia, vegetan con gran fuerza, y van á florecer y fructificar en algún espíritu culminante. Así se forman los servidores de la Humanidad en el orden moral, en el intelectual y en el práctico. Ello no amengua, sin embargo, la gloria y la gratitud que merecen por haber concurrido esforzadamente á mejorar la suerte de nuestra especie con un acrecentamiento, ó de santidad, ó de sabiduría ó de bienestar. Respecto de Colón, él vivía en un medio social en que ya era reconocida por los espíritus cultivados la redondez de la Tierra. Habíase también reanimado entonces la opinión muy antigua de existir antípodas, si bien contrabalanceada por la opinión contraria. Algunos filósofos y poetas griegos y romanos dejan profetizado, por otra parte, aunque vagamente, que países desconocidos ceñían el Atlántico por occidente. Según los cálculos de fines del siglo XV, creíase además á nuestro planeta tres veces menor de lo que es. Todo eso hizo que Colón imaginara su viaje á la India por rumbo opuesto al de los portugueses. Y como desde que le surge esa idea, no la desampara jamás, vigorizándola incesantemente con sus estudios y meditaciones, y resolviendo darle cima con perseverancia y fortaleza que triunfa de las más graves dificultades para servir al género humano, merece por haber descubierto la América en vez de llegar a la India que estaba más lejos de lo que él suponía, una eterna glorificación.

Del nombre de Colón no puede separarse el de Isa-

bel de Castilla, la ilustre soberana que reconociendo el genio del gran marino amparó enérgicamente su empresa gigantesca. Y entre esas dos almas superiores está el virtuoso y sagaz fray Juan Pérez de Marchena, que las hace conocerse en beneficio de la Humanidad. Las dudas, las objeciones y los inconvenientes de todo género que estuvieron á punto de arrebatár á España la honra de su cooperación en el descubrimiento de América, fueron superados gracias á la intuitiva confianza de ese venerable monje y de su magnánima reina, en el heroico navegante italiano. Puesto ya en marcha Colón por la protección decisiva de Isabel, tiene que vencer ahora más obstáculos para terminar su viaje, que para empezarlo. Los tripulantes de sus naves se creen en camino del abismo. Cada día que pasa ven más cerca una muerte segura. Todo les parece agüeros siniestros. Se aterrorizan hasta de los menores cambios en el aspecto del cielo y del mar. El descontento, los murmullos y la insolencia contra el jefe que los guía crece por momentos. Desconociendo su autoridad, quieren volver de una vez á España para salvarse, si aun es tiempo, de perecer infaliblemente. Ya es una verdadera sublevación la que estalla, y lo amenazan con ultimarlos si no desanda inmediatamente su rumbo de perdición. Mas, Colón era el llamado por la Humanidad para realizar la más memorable empresa náutica, y como vence al Océano, vence también á los hombres de cuyo concurso necesita. Calma con severa benevolencia la rebeldía que se había desencadenado en sus barcos. Intimida y esperanza á la vez á los amotinados. Les presenta el castigo de su desobediencia y la vergüenza de una vuelta estéril, contrastándolos con la recompensa y la gloria que obtendrán de

concluir el grandioso viaje. Aunque muy apesarados, ceden á la voluntad irresistible del prodigioso marino y se sigue por la ruta ignota que él les traza. En la noche del 11 al 12 de octubre de 1492 se vislumbra al fin tierra que se destaca el próximo amanecer con inaudito regocijo de los descubridores. Todos aclaman entonces el genio de Colón, y le piden humillados perdón de las insensatas ofensas con que hirieron su grande alma en el curso de la inmortal navegación.

Este fué el momento de mayor gozo en su vida. De vuelta á España, y ya cerca de ella con la admirable nueva, es acometido por espantoso temporal. En medio del pánico que reina en su nave ante inminente naufragio, Colón, escribe sereno incesantes noticias de su descubrimiento, las que lanza al mar dispuestas para que floten, á fin de que llegara tal vez á saberse el buen éxito de su empresa, si todos hubieran de perecer con él bajo las olas. Cuando arriba felizmente á España, es recibido con profunda sorpresa é inmenso entusiasmo. Su viaje desde el puerto en que desembarca hasta la ciudad en que lo esperan los reyes, es una verdadera marcha triunfal. De los diversos pueblos del camino se precipita la gente á conocerlo y vitorearlo. En brazos de una imponente ovación de toda la nación española, llega Colón á presencia de sus soberanos que lo reciben con el acatamiento debido á sus méritos. Puede decirse que aquí termina la breve felicidad de este infortunado grande hombre y van á comenzar de nuevo sus sinsabores. En efecto, pasada en los espíritus la emoción primera del increíble suceso, brotan poderosamente los egoísmos en contra del descubridor de un nuevo mundo. Ya en su segundo viaje á América, experimenta Colón la ingratitud

que se le viene encima. De su tercer viaje vuelve inícuamente enjuiciado y con grillos. Se rehabilita porque aun vivía la reina Isabel, que era siempre su amparo. Consigue emprender un cuarto viaje, pero tales obstáculos le oponen los de su mismo séquito que no puede fundar ninguna colonia según las miras pacíficas de que estaba animado. Al tornar á España en busca de nuevos auxilios, ya su gran protectora había muerto, y se le recibe en la Corte con ostensible frialdad y despego. Cuanto hace por obtener justicia es inútil. Ni se repara en violar á su respecto la palabra de los reyes empeñada solemnemente. Se renueva en él la eterna leyenda de Prometeo. Muere Colón solitario, desatendido y vejado por sus ingratos contemporáneos á quienes molesta el esplendor de su gloria.

Apenas verificado el descubrimiento de América con que se inmortaliza Colón, empieza el injusto y sangriento período de la conquista. El catolicismo sanciona por el órgano del papado la dominación militar del nuevo continente. La religión se pone así al servicio de la guerra, subordinándose, por tanto, ignominiosamente la moral á la política, cuando debe al contrario vigilarla y perfeccionarla. No se piensa en la conversión de las almas sino accesoriamente. Tan decaída estaba la fe de la Edad Media que el protestantismo iba á erguirse muy luego rompiendo la unidad eclesiástica del Occidente. Antes de comenzar la disolución sistemática del catolicismo, ya éste se había degradado tanto que llegó hasta legalizar religiosamente el crimen de la esclavitud de los indios y de los negros. No faltan, sin embargo, almas generosas que tratan de contrarrestar esa obra de abominación. Entre ellas descuella el padre Las Casas, apodado

por sus mismos contemporáneos con el glorioso título de protector de los indios. Su veneranda memoria, encarnación del verdadero espíritu sacerdotal en un momento muy difícil por el torrente de poderosos y desenfrenados intereses á que había que oponerse abnegada y osadamente, forma con la de Colón y la de Isabel el triunvirato de honor en la fundación de la América española. Los negros sólo se quedaron sin protector, llevándoseles violentamente al nuevo mundo para venderlos como esclavos. El mismo Las Casas, se ofusca y los desampara. Imagínase que los negros, como mas vigorosos, podrían reemplazar á los indios en ciertas pesadas faenas coloniales que eran mortíferas para éstos. De ese modo contribuía por compasión á sustituir una injusticia con otra. Ni siquiera esto se obtiene, sino que á los sufrimientos de los indios se agregan los de los negros. Al fin de sus días hubo Las Casas de conocer su error y lo sintió amargamente. Todavía se interpreta de ordinario, como un signo de inferioridad de la raza negra, su tendencia á resignarse con su desgraciada suerte. Pero la teoría positiva de la naturaleza humana rectifica esa desfavorable apreciación. El negro constituye, en verdad, el tipo más relijioso de nuestra especie. Absteniéndose de sublevarse procedía por respeto y nó por miedo. Nadie posee tan intensamente como él las tres facultades altruistas del alma, el apego, la veneración y la bondad. Si la raza blanca es la más intelectual, y la raza amarilla la más activa, la raza negra es, por su parte, la más afectiva. Y su rehabilitación llegará hasta la preeminencia cuando enteramente regenerada la sociedad, se juzgue al hombre, sobre todo, por las cualidades del corazón.

En la conquista de América hubo un despliegue asom-

broso de energía, pero con mezcla de crueldades feroces y de una insaciable sed de riquezas. Los indios desaparecieron á millares bajo la espada de los invasores. Civilizaciones de aquí, ya entonces bastante desenvueltas fueron completamente arrolladas. La que más condolencia inspira es la muy moral de los Incas, despiadadamente sacrificada en el benigno Atahualpa. El continente americano pierde totalmente su autonomía y pasa á ser español por la fuerza de las armas, salvo la parte de que se apoderan los ingleses. No es á nosotros, sin embargo, á quienes corresponde lanzar recriminaciones contra ese acontecimiento. Son los indios los que podrían quejarse. Pero éstos fueron absorbidos en su mayoría por la España, recibiendo de ella su lengua y sus ideas. Lo sucedido á principios de este siglo, no implica de ningún modo una reivindicación, como se ha dicho falsamente, cual si los indios hubieran recobrado su territorio. Eso fué simplemente una segregación respecto de la Madre Patria. Nosotros somos, en realidad, hijos de España y, lejos de maldecirla, debemos venerarla, reconociendo por nuestros primeros padres políticos á los que fundaron las colonias de este continente: los Hernán Cortés, los Francisco Pizarro, los Pedro Valdivia; como nuestros segundos padres políticos son los que las convirtieron en naciones independientes: los Bolívar, los San Martín, los O'Higgins. Ante el recuerdo de la conquista de América, lo más que podemos hacer, sin ser ingratos, es seguir al ilustre Quintana que, hablando como verdadero español y con espontáneo criterio sociológico, caracteriza así la conducta de su patria en el Nuevo Mundo:

su atroz codicia, su inclemente saña
crimen fueron del tiempo y nó de España.

Ciertamente, que si en vez de élla cualquiera otra nación del Occidente hubiera descubierto la América, su manera de proceder no habría sido mejor, y muy probablemente peor. Es testimonio irrecusable de eso, lo que hicieron los ingleses en sus colonias americanas. Ni piensan en asimilarse á los indios, sino que barren con ellos. Queda pues evidenciado que la España colonizó mucho menos egoistamente que la Inglaterra. Trato sólo de ser equitativo y no hago un parangón de desmerecimiento entre esas dos naciones. Á pesar de sus deplorables tachas respectivas, ambas tienen la honra de haber concurrido con Italia y Alemania, y las cuatro bajo la presidencia de la Francia, á la evolución del Occidente hacia el régimen sociocrático, que está próximo á instalarse para felicidad y gloria de toda nuestra especie.

En seguida del descubrimiento de América, transfórmase la descomposición del catolicismo de espontánea en sistemática. Se desconoce abiertamente la autoridad espiritual del papado, y levántase el protestantismo sin otra jefatura que la Biblia interpretada por el criterio individual de cada creyente. Este movimiento negativista se extiende por Alemania é Inglaterra y amenaza inundar todo el Occidente, cuando aparece la célebre Compañía de San Ignacio y le cierra valerosamente el paso, conservando hasta nuestro tiempo, á pesar de su teologismo y de los errores que haya cometido, el punto de vista de la universalidad religiosa. Del protestantismo surge en el orden político, el concepto metafísico de la soberanía popular. Ahí se basa la revolución holandesa, en que una nación se independiza de otra á la cual pertenecía según el concepto teológico de la herencia dinástica. Viene luego la memorable revolución inglesa.

presidida por el gran Cromwell, en la que el principio de la soberanía popular se liga con un profundo sentimiento de regeneración social, de que son órganos los puritanos que aspiran á establecer, pero no más que nacionalmente, el reinado de los santos. Sólo bajo la dictadura de ese ilustre estadista ha sido república la Gran Bretaña. Agótase, en cierto modo, con la inmortal revolución inglesa, la acción política del protestantismo, aunque éste influye todavía en la independencia de los Estados Unidos de Norte América que es un hecho análogo al de Holanda. No hubo en ella, ciertamente, á pesar de la exagerada importancia que se le ha atribuido, y aunque cuente con los respetables Washington, Franklin y Jefferson, más que una separación de colonias inglesas de su Madre Patria, sin propósito de reorganización interna, ni espíritu humanitario. Lo prueba inconcusamente la circunstancia gravísima de haber mantenido en su seno la república norteamericana, por cerca de un siglo, la esclavitud, baldón de que solo pudo librarse con los torrentes de sangre de una tremenda guerra civil.

Después de la revolución inglesa personificada en Cromwell, entra, por decirlo así, el protestantismo en su decadencia, y el libre examen, circunscrito hasta entonces en el dominio cristiano, da un paso más y se encara con la misma revelación. Se había desconocido primero la autoridad del papado, y se desconocía ahora la autoridad de la Biblia. Á los siglos XVI y XVII que son del protestantismo, sucede el siglo XVIII, caracterizado por el deísmo no ya cristiano sino filosófico, llegando aun los espíritus más eminentes hasta la plena emancipación de lo sobrenatural. Diderot, encarnación típica de esa época, decía con vislumbre genial del porvenir en medio de las

ruinas del pasado, que era preciso reorganizar sin Dios ni rey. Ya se acercaba la gran crisis de 1789, que preludia al régimen normal, nó porque fuera capaz de instituirlo sino por sus inmortales anhelos de regeneración social de toda nuestra especie. El más alto representante político de ese acontecimiento trascendental es el ilustre Dantón, que alienta la defensa nacional contra todo el resto del Occidente coaligado retrógradamente. Pero la potencia filosófica de la revolución francesa, es el generoso y eminente Condorcet que bajo la amenaza del cadalso escribe su magistral *Bosquejo de los progresos del espíritu humano*, libro en que palpita un encendido amor por nuestro linaje, de cuya segura felicidad en la tierra, estaba persuadido con fe inquebrantable, á pesar de las contrarias apariencias del terrible momento por que se pasaba entonces. De dicha obra recibe Augusto Comte el primer impulso para la elaboración de la síntesis definitiva. Por eso el fundador del Positivismo ha llamado a Condorcet su padre espiritual. Adjúntale, más subordinándosele, á José de Maistre que, en su notable libro sobre el Papa, rehabilita á la Edad Media que había sido erróneamente fulminada por el gran filósofo de la revolución francesa. Sin embargo, la inspiración suprema de Augusto Comte que lo hizo elevarse hasta la plenitud altruista, le vino de su incomparable Clotilde de Vaux que se ha eternizado con él santa y gloriosamente.

El incomprensible desorden de la historia, se nos presenta merced al genio luminoso de nuestro Maestro como una difícil pero segura ascensión desde el fetichismo primitivo hasta el positivismo final. Varios pueblos, una vez llegados á la teocracia, se detienen allí, más otros siguen avanzando y forman lo que llamamos el Occidente. Este

se origina en el antiguo y venerable Egipto, de donde emana el gran Moisés, de un lado, con su alto espíritu religioso, y la civilización griega, de otro lado, con sus notables tendencias artísticas y filosóficas, sobresalientemente personificadas en Homero y Aristóteles. Desarrollase, en seguida, asimilándose los antecedentes helénicos, la admirable sociabilidad romana, bajo cuyo influjo nace el catolicismo por el órgano del prodigioso apóstol San Pablo que se afilia además, por su parte, en la tradición hebrea. De ese modo se inaugura la Edad Media históricamente ligada con los teócratas del Nilo. Caracterízase particularmente esta época por la memorable separación de los dos grandes poderes humanos, el espiritual y el temporal. Toda la antigüedad los había confundido. En Roma el emperador era también el Sumo Pontífice. Pero el catolicismo, dada su índole teológica, no podía separar más que transitoriamente la espiritualidad de la temporalidad, que solo el positivismo sabrá constituir para siempre con la necesaria independencia respectiva y haciéndolas converger sociológicamente en la Humanidad. La figura sacerdotal más completa que resplandece en la Edad Media es San Bernardo. Desde la celda de su convento fué el verdadero jefe religioso de sus contemporáneos, reverentemente consultado y seguido hasta por los mismos papas. Este gran adorador de la diosa de los caballeros, se hace especialmente escuchar de ellos con la mayor devoción. Nunca se vió nadie tan profundamente acatado por esos nobles hombres de hierro. Al cerrarse el siglo XIII finaliza irrevocablemente la Edad Media. Parece entonces la fe teológica, más queda insuelta durante los cinco siglos de penoso alumbramiento de la fe positiva que hoy se cierne sobre el planeta.

Como se dudó de Colón en su tiempo, se duda ahora de Augusto Comte. Todavía son relativamente pocos los que tienen plena confianza en la palabra del Maestro, anunciadora de un descubrimiento mucho más importante que el de América. Colón halló un nuevo continente, pero Augusto Comte ha encontrado la religión altruista que unirá á todo el género humano por medio del amor y el trabajo. No establecemos oposición entre esas dos labores, sino que las jerarquizamos. De muy varios modos se puede servir á la Humanidad y todos ellos merecen agradecimiento, pero los servicios materiales aunque más visibles no tienen tanto alcance como los intelectuales y mucho menos aun que los morales. Por eso á los fundadores de religión y á los Santos les corresponde normalmente la preeminencia, viniendo en seguida los poetas, los filosofos y los sabios, y en fin los políticos y los industriales. En las épocas de anarquía se altera ese orden y la materialidad prevalece sobre la intelectualidad y la moralidad. Tal es lo que hoy sucede en todo el Occidente. Antes que el sabio pasa el industrial, y en cuanto al santo se le desconoce por completo. La civilización contemporánea es prodigiosamente activa, pero se halla exhausta de moral. Se estremecen las ciudades y los campos con la agitación incesante de los fecundos motores, y sin embargo la felicidad no parece. Una emulación envidiosa es, por lo común, el deplorable espíritu del presente. La discordia está en todas partes, de pueblo á pueblo, entre las diversas clases sociales, en el seno de los hogares, y dentro también de los mismos individuos, porque allí viene á repercutir el desorden general. Pero la Religión de la Humanidad ha de cambiar venturosamente ese siniestro aspecto del mundo. Ella es la mani-

festación suprema de la santidad y la ciencia, y sofocará infaliblemente la anarquía actual con el concurso obligado de las almas generosas y fuertes. Una vez triunfante la doctrina universal, ha de verse sucesivamente abolida en la Tierra, ya entonces pacificada del todo, la miseria, el vicio y la enfermedad, llegando por fin un tiempo glorioso en que cada generación de nuestra especie entera, pase de la existencia objetiva á la existencia subjetiva en venerable y feliz longevidad.

Cuatro siglos ha tardado la glorificación social de Colón. El himno que se eleva ahora de casi todo el Occidente á su memoria, se debe, en el fondo, á la Religión de la Humanidad. Las celebraciones de centenarios verificadas en nuestro tiempo son todas posteriores á Augusto Comte que las indicaba ya desde el año 54 (1842). Precédelas aun el calendario histórico elaborado por el Maestro, como justa apreciación de los hombres ilustres del pasado, en cuanto servidores de la Humanidad, consideradas las circunstancias de país y época. Se establece allí una profunda fraternidad en el largo y múltiple desarrollo de nuestra especie. Así, por ejemplo, la teocracia antigua se simboliza en el mes de Moisés que tiene como jefes de semana á Numa, Confucio, Buda y Mahoma. Todo el año positivista presenta una agrupación análoga de cooperadores del progreso humano en las diversas esferas que lo constituyen. En el mes de Gutenberg, consagrado á la industria moderna, es Colón jefe de semana. La conmemoración occidental de que es actualmente objeto este grande hombre, no reviste todavía el carácter religioso que tendrá cuando triunfe el positivismo. Hay en ella más estruendo que veneración. Pero, imperfecta como es, forma con los demás centenarios celebrados hasta

ahora, un síntoma que anuncia la glorificación normal del pasado, sin lo cual no puede trabajarse dignamente por el porvenir. Además, ello tiende á persuadir espontáneamente al público de que la verdadera inmortalidad no es la teológica, sino la sociológica. En efecto, el que muere, solo puede seguir viviendo en la Familia, la Patria y la Humanidad. Y así ha sucedido aun bajo las creencias sobrenaturales, que trataban de arrancar al hombre de en medio de sus semejantes. Donde quiera se comprueba esta ley incontestable revelada por Augusto Comte: los vivos son siempre y cada vez más gobernados por los muertos. Pero conviene persuadirse de ella para utilizarla mejor. Cuanto más nos acordamos de los muertos, más benéfica y esforzadamente llenamos, por su santa influencia subjetiva, nuestro destino en el eterno organismo social.

Antes de este cuarto centenario del descubrimiento de América, habíamos celebrado ya los positivistas chilenos el segundo centenario de Calderón, que es jefe de semana en el mes de Shakespeare; el tercer centenario de Santa Teresa que tiene un día en el mes de San Pablo, cuyos jefes de semana son: San Agustín, Hildebrando, San Bernardo y Bossuet; y el primer centenario de Diderot, que posee un día en el mes de Descartes, cuyos jefes de semana son, Santo Tomás de Aquino, el canciller Bacón, Leibnitz y Hume. Hagamos votos porque este gran recuerdo de Colón no sea estéril é impulse hácia la regeneración altruista. Se trata ahora de ir al sublime mundo moral descubierto por Augusto Comte. Cesen las dudas de los incrédulos, anímense los tímidos y perseveren los fieles, sobreponiéndose á todos los obstáculos. El positivismo encierra la verdadera santidad.

Álcense generosamente en su favor, los que acostumbran salir del tiempo presente y dilatarse en la eternidad de nuestra especie. La Religión de la Humanidad no es para los que sólo piensan en sí propio, sino para los que se interesan especialmente por la suerte de todos los hombres en la infinitud de los siglos. Y lo mismo que á los individuos esto se aplica también á los pueblos. No es digna, en verdad, del positivismo la nación que rehusa vivir en plena armonía con todas las demás y cooperar á la felicidad universal. Sin embargo es preciso reconocer que tanto una persona como un país hoy egoísta, puede ser mañana altruista. Nada más bello que esa virtuosa transformación. Aprovechemos esta solemne conmemoración del descubrimiento de América para dar á nuestro enérgico Chile el consejo positivista de reconciliarse íntimamente con los dos pueblos que tuvo de adversarios en su última contienda internacional. Ya que no se les entreguen todas las tierras injustamente anexadas, como lo deseamos y es preferible, mándeseles al ménos las naves y las banderas que les pertenecen. Recordaremos que cuando el teologismo guardaba silencio ó asentía egoístamente en nombre de Dios, el positivismo, al contrario, levantaba altruístamente la voz, en nombre de la Humanidad contra esa inmoral usurpación de territorio que nos ha costado después una funesta revolución, cuyo maligno influjo se opone todavía á la vuelta indispensable de la fraternidad chilena. Verificando nuestra patria el digno acto que le insinuamos religiosamente, echaría las bases de una verdadera concordia con el Perú y Bolivia y tomaría el rumbo de un porvenir glorioso. La innoble expectativa de guerra que pesa aún entre los países del Occidente,

es el mayor obstáculo á la definitiva reorganización social del género humano. Afianzada la moralidad altruista en las relaciones internacionales, descenderá fácilmente á la vida interior de cada pueblo. En el hogar, en la escuela y en el templo sólo se educará entónces al hombre para servir á la Humanidad.

Pasaron los dioses y pasó Dios porque eran conceptos provisionales. Debemos venerarlos, sin embargo, en el panteón de la historia por los servicios que hicieron. Pero reunámonos solícita y firmemente en torno de la Humanidad que es la suprema noción religiosa. Bien penetrados de amor á ese verdadero Gran Ser, marchemos decididos á la conversión del mundo. Cuanto se oponga al derrumbe social y moral que estalla ahora por todas partes, será inútil, si no se recurre á la fé altruista. Sólo con ella se puede edificar. El porvenir es nuestro, ni se nos disputa siquiera. Contra la doctrina que profesamos no existe por cierto ningún competidor directo y viviente. La inercia egoista que se ha apoderado hoy de tantos es el único obstáculo que encontramos. Salvémoslo á golpes de abnegación. Llevemos piadosamente por la senda redentora á los que se arremolinan en el conturbado presente, desesperando de hallar salida y hundiéndose en el pesimismo. Trabajemos con todas nuestras fuerzas guiados siempre por Augusto Comte, de cuyo venerando magisterio ningún verdadero positivista puede desviarse nunca. Los que vacilan y flaquean en la suprema labor, no se han poseído aún á fondo de la doctrina universal. Muchos de ellos se ofuscan y paralizan con ciertos restos de sus propios antecedentes teológicos y metafísicos. Pero hay otros á quienes perturba el espíritu científico que toman erróneamente por

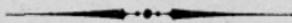
el espíritu positivo. Aquél es puramente intelectual, éste, sobre todo, moral. No son realmente adeptos de la Religión de la Humanidad los que buscan allí la ciencia sino lo que buscan la virtud. Para los creyentes normales el saber no es más que un medio, sólo la santidad es un fin, á donde debe tender inflexiblemente el conjunto de nuestra existencia. Subordinar la mente al corazón para el mejor servicio de la Humanidad es la verdadera esencia del Positivismo, que viene á construir el paraíso en la tierra por el triunfo sacrosanto del amor

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

(Calle de la Moneda, Núm. 9)

Nacido, en Valparaíso, el 28 de enero de 1852

Santiago, 6 de Descartes de 104 (12 de Octubre de 1892)



A COLÓN

••♦♦•

¡Salve! al piadoso Genio, al Navegante
que de su encierro libertó atrevido
la virgen colombiana! . . .

Mi pecho palpitante
agítase gozoso
de admiración henchido,
al contemplar su imagen soberana
relucir más que el astro bondadoso
entre tormentas con imperio erguido:
sus luchas, contratiempos, sus dolores,
en mi alma excitan épicos ardores.

Dame, ¡oh sublime Virgen-Madre! dame
la inspiración debida
que su valor y santidad proclame;
sólo en tí bendecida
será por siempre la inmortal memoria
de tantos hombres que ensalzó la Historia.

I

Entre guirnaldas de fragantes flores
que con sonrisas realzan tu hermosura,
silenciosa te admiro
¡oh virgen solitaria!
Triste en tu melancólico retiro,
de donde esparces gracias y ternura
¿anhelas dime ¡oh fuente de candores!
unir tu suerte al gran concierto humano?
Dos gigantes oceános ¡ay! te ciñen,
terror del vulgo, espanto del más fuerte;
sus crespas olas lóbregas se tiñen
y, en espumosos montes,
la bóveda salpican de los cielos
con insultantes sonos;
y dan los horizontes
fatal anuncio de angustiosa muerte.
No brilla de otra suerte
la dulce estrella que al amor convida
entre siniestras nubes tormentosas;
y ménos no intimida
el huracán con voces cavernosas
rugiendo entre montañas escarpadas
sin ver sus fuerzas rotas ni estenuadas.

¿Y á solas vivirás, ¡oh virgen bella!
entre tus dos guardianes procelosos? . . .
¿No cambiará tu vida,
ni se verá tu huella
tras el coro de pueblos venturosos

que hacia el Altruismo van con frente erguida?...
nó! que encendiste ya de amor la mente
del genio más osado y más clemente.

En su pecho luciste coronada
con tus radiantes galas de inocencia,
cual en el numen brilla del poeta
un mundo de bellezas.

Desde ese instante su alma enamorada
menosprecia miserias y bajezas,
que sólo al vulgo en su ambición sujeta;
inflámase su altiva inteligencia
y á un gran ideal consagra sus esfuerzos.
¡Oh invencibles proezas
del amor! . . . ¿Quién penetrará tu esencia,
oh eterno sol de santas fortalezas? . . .

Miradlo errante andar por tan diversos
pueblos en pós de ayuda á sus labores:
reinos y gloria ofrece,
y desprecios cosecha y sinsabores,
y en su alma la constancia no enflaquece.
Tu sola, ¡oh noble España,
tu nombre uniste á tan excelsa hazaña!..

¡Gloria, oh Isabel invicta y bienhechora!
¡Estrella de valor y de ternura!

Mi mente no se sacia
de contemplar tu espada vencedora
rehacer tu patria con mejor ventura.
Tu á Colón le dijiste en su desgracia,
penetrando su espíritu profundo:

¡Mis joyas trueco por tu inmenso mundo! . . .

.

y miro—¡oh hermoso enlace!—á la Belleza
su mano dar al genio con Nobleza.....

.
Y como suelen verse
las tiernasavecillas inocentes,
al pié de un dulce nido,
abrir sus alas y en luciente jiro
más y más en la inmensidad perderse;
así contempla el mundo tres valientes
barquichuelos dejar su hogar querido,
caricias y alegría
—¡Oh admiración y espanto!—
y en el piélago hundirse enfurecido.
El Genio los conduce.
¡Oh sublime coloso!
viva esperanza en tu mirar reluce
cual brilla en el oriente esplendoroso
el lucero que anuncia un nuevo día.
En medio de tu gozo
alientas con bondad al temeroso
y enjugas con amor un justo llanto,
que ántes que genio fuiste noble y santo.

Cuarenta días sin cesar navegan
de misteriosa soledad rodeados;
rabiosos unos de su ardor reniegan,
los otros, aterrados,
por sus penates y sus patrias ruegan:
sólo Colón se muestra inquebrantable
mirando el occidente imperturbable.

.

II

Era una triste noche silenciosa:
cual lámparas brillaban las estrellas
en fúnebre harmonia;
risueña antes la mar y bulliciosa
en su interior sepulta sus querellas,
y muda predecía
algún fatal suceso misterioso
Cual cisnes en un lago adormecidos
las carabelas singlan. ¡Oh! el undoso
vuelo cuánto al gran nauta presagiaba!
En el sópor envueltos los sentidos
todos soñaban con su patria amada,
los pechos sin quebrantos ni gemidos,
las almas disfrutando su reposo.
Colón solo velaba.
De hondo anhelo sus ojos encendidos
el horizonte inquieto escudriñaba
por ver surgir su tierra tan deseada;
no de otro modo vela en la alta cumbre
volcan infatigable, dirigiendo
por recónditos páramos su lumbre.
Un súbito fragor el aire hiere.
Alúmbranse los mares. De su seno
una figura colosal y extraña
taciturna se eleva, cual si fuese
olímpica montaña
que del húmedo suelo vá surgiendo
entre revueltas olas.
Su arrogante cabeza sacudiendo

torrentes de agua corren por sus faldas
en espumosos ríos; y serena
de la cintura arriba se mostraba,
su barba y sus cabellos envolviendo
hombros, pecho y espaldas.

De recelos lleno
el corazón del Genio palpitaba:
tres veces con valor hablarle quiere
y tres veces su voz sin fuerzas muere.

La gran visión, que sólo al sol venera,
contemplándolo queda,
y subyugada al Genio admira. Mueve
imponente su oncosa cabellera
y el espacio conmueve;

y, con solemne y bronco són que rueda
cual trueno ardiente en la encendida esfera,
prorrumpe en estas voces:

«¡Oh carácter audaz é inquebrantable,
orgullo de la raza de los hombres!
tú el primero atraviesas mi ancho imperio
buscando otro hemisferio
en mi rugiente pecho formidable;
ya que mis furias calma tu osadía,
con ánimo sereno

oye mi augurio y grábalo en tu seno.»

«Yo soy el mar Atlántico famoso,
fiel guardián de la virgen que ambicionas
con invencible aliento;

la Humanidad te llama
y te consagra, ¡oh Genio portentoso!
á completar el campo de su acción,
á unificar su maternal asiento

para otra unión sublime y redentora;
que venir veo al grande entre los grandes
en la ciudad de todas vencedora. . .
¡Feliz aquel en quien su amor derrama!
y más feliz quien siente su misión
ligada á un firme y noble pensamiento!
De aquí á tres días, al brillar la aurora,
la tierra estrecharás que te enamora,
y ver podrás el fin de tu ambición.
La envidia, con inmundo
lodo, borrar querrá tu augusta fama,
y con rabiosa saña
te arrastrará con ignominia á España;
mas tu alma vencerá en la eterna Historia,
que el Porvenir te aclama
entre los más insignes navegantes
de famosas regiones.
El hemisferio que darás al mundo
no llevará tu nombre hasta aquel día
en que una misma Fe surque los mares
trayendo al orbe paz y simpatía;
Roma, que las conciencias hoy dirige
con pasos vacilantes,
despreciará con mengua tu memoria
y alcanzar no podrás sus bendiciones.
Sólo la Augusta Diosa,
que ligar debe siglos y naciones
en síntesis humana y religiosa,
dará á tu nombre santidad y gloria,
é inmortal recompensa á tu victoria. »
¡Oh presagio fatal! Con qué amargura
sobre Colón tus voces no cayeron! . . .

De gigantesta altura
con más fragor no rueda á los abismos
descomunal peñasco estremeciendo
una robusta encina, respetada
de rayos y tormentas;
y cual en su bravura
la tempestad remece despechada
puente y arboladura
de una soberbia nave que gimiendo
presenta un nuevo lado á las afrentas;
tal de dolor sus miembros palpitaron,
de su pecho brotando esta plegaria:
—«¡Oh visión grandiosa, que predices
victorias y torturas
á una alma por la suerte siempre herida!
Ya que tu mente lo futuro alcanza,
refuerza mi esperanza
evocando la historia venidera
de esposa tan querida:
¿qué fin tendrá la tierra prometida
á mi constante amor?...
Mis infortunios mira generoso
y á un desgraciado dale algún reposo!...»
Y la visión responde emocionada:
—«¡Oh, cuánta sangre y exterminio veo
de ingenua gente con crueldad vejada!
¡Cuánto clamor en fratricidas guerras
no escucho por los prados!
¡Qué ansiosas luchas por ajenas tierras!...
¡Y cuántos nobles hechos, qué bravezas,
qué de héroes y hombres esforzados
dar á Colombia un inmortal trofeo!

Á los unos extraviará el criterio
la codicia del mando y de riquezas,
y con crímenes mancharán tu imperio.
Los otros mostrarán en su arrogancia
hijos de Iberia ser, y con justicia,
que heredarán gustosos sus noblezas.
La audaz conquista de tan amplia estancia
brotar hará caudillos arrogantes
que admirados serán por sus empresas:
un Almagro, un Valdivia y un Pizarro,
un Alvarez Cabral
que, impelido por vientos inconstantes,
un imperio darále al Portugal.
Alzarése sobre ellos en proezas
Hernán Cortés, espíritu bizarro;
éste unirá el arrojo á la pericia
y en su materno nido
un reino de gigantes
sofocará atrevido,
resucitando tiempos fabulosos.
Á coronar la historia de esos hechos
vendrá la santa y noble Independencia,
cuna heroica de sentimientos grandes
que inflamará los pechos,
y surgirán espadas centellantes
creadoras de las patrias colombianas
en sus floridos lechos:
un San Martín, un noble Tiradentes,
un José Bonifacio, un leal O'Higgins;
sobre todos brillando el gran Bolívar,
sol de tus tierras, rayo de los Andes,
egregio fundador de cinco Gentes.

La discordia en seguida las entrañas
de tu mundo desgarrará ferina,
y entre sangrientas crisis inclementes
parecerá marchar hacia su ruina.
¡Oh! anarquía fatal, que tanto dañas,
¿quién libre se verá de tus azotes?...
Mas ¡oh ventura! de su fértil suelo
nacerán los primeros bellos brotes
de la social doctrina
que dará al orbe luces y consuelo;
milagro del amor y de la ciencia
que, en la ciudad que al Sena inmortaliza,
realizará el sublime **Augusto Comte**
por santa inspiración de su **Clotilde**.
De tu Colombia cambiará el destino,
y los siglos veránla, sin recelo,
pura en sus glorias, grande en sus hazañas,
aumentar su hermosura y nombradía.
¡Oh audáz carácter! graba en tu conciencia
la série de estos hechos sorprendentes:
puedan mis voces rudas, mas humanas,
consolar la amargura de tus canas! . . . »
.
Dijo, y en el Océano tremuloso
hunde su inmenso cuerpo, majestuoso.
.

III

No bien la aurora, con rosadas manos,
abrió las puertas del dorado Oriente
tiñendo en rosas los salobres llanos

y en púrpura la esfera reluciente
por el mundo esparciendo la belleza,
cuando á la vida vuelve aquella gente
y á recordar empieza
visiones que entre sueños vió. El murmullo
nace y luego estalla
en injuriosas voces.

«¡A España, España!» todos gritan locos;
«¡demencia fué el viajar!» y con orgullo
se alzan. Colón la tempestad arrostra
con férvida entereza;
no de otro modo espera la tormenta
inaccesible roca de granito
que el sol con sus fulgores siempre dora.
Colón hácia ellos viene.

Un momento su vista los contiene.

—«¿Qué hacéis, oh gente ciega y temerosa? . . . »

—«¡Á España, á España!» . . . «¡Retornar queremos! . . . »

Con amenazas gritan: «¡No hay demora!. . . »

Y la chusma soéz al génio insulta.

—«¡Pues bien! . . . »—dijo, y su frente quejumbrosa
la inclinan los pesares,
y su congoja oculta. . .

«¡De aquí a tres días, al brillar la aurora! . . . »

Resuena un éco dentro de los mares,

«¡oh gloria inmensa! tierra encontraremos! . . . »

Concluye el gran Colón con arrogancia,
y renació el valor y la constancia.

.

Y al tercio sol, en brazos de luciente
aurora, que con oro y escarlata
tiñe las puertas de un radiante día,

maravillosa fuente
de humana simpatía
que en los espacios su esplendor dilata,
tú, oh Colón a tus hombres les mostraste
la tierra que por tanto tiempo amaste!...

.
Aquellos pechos de placer latieron;
mas en el tuyo ¡oh génio! qué profundo
goce de amor estremeció tu vida
al realizar tu ensueño
por tantos años con fervor deseado
en luchas contra el hambre y el desdén!...
El valle no palpita alborozado
con tan inmensa dicha
—¡oh sin igual consuelo!—
al ver los rayos de festiva aurora,
después de noche cruel y tempestuosa
en que gimieron tierra, espacio y cielo,
como tu pecho palpité en tal hora
de inefable contento,
sonriendo tu alma extática y llorosa. . .
¡Oh sublime hacedor de un bello mundo!
contempla á tu Colombia en este día
ensalzar tu piedad y tu ardencia! . . .

Mas, mereces aún mayor justicia:
que el continente implora todavía
tu esclarecido nombre,
pues honra en tí el autor de su existencia
llorando con tus luchas y tus penas
en la inmortal Historia;
Roma, en el estertor de su agonía,

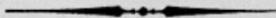
canonizar no puede tu memoria,
París en los albores de su gloria
hoi día ¡oh gran atleta!
con Religion-Humana, sin rencores,
santifica tu nombre y tus dolores!

DR. W. CARRASCO-LASTARRIA

(Calle de Cienfuegos, Núm. 9½)

Nacido, en Santiago, el 31 de julio de 1857

Santiago, 6 de Descartes de 104 (12 de Octubre de 1892)



OBRAS DE AUGUSTO COMTE

QUE SE HALLAN EN PARÍS, 10, RUE MONSIEUR LE-PRINCE

<i>Système de Politique Positive</i> instituant la <i>Religion de l'Humanité</i> . 4 vol. in 8.	30 fr. 59 ct.
<i>Synthèse subjective</i> . In 8.	9 "
<i>Appel aux Conservateurs</i> . In 8.	3 "
<i>Son Testament</i> suivi de ses <i>Prières quotidiennes</i> de ses <i>Confessions annuelles</i> et de sa <i>Correspondance avec Clotilde de Vaux</i> . In 8.	10 "

DEL MISMO AUTOR

EN PARÍS, 1, PLACE DE L'ESTRAPADE

<i>Catéchisme Positiviste</i> , ou Sommaire exposition de la religion universelle. In 16.	3 fr.
-------------------------------------------------------------------------------------------	-------

PUBLICACIONES POSITIVISTAS

DE JORGE LAGARRIGUE

(Paris, 1, Place de l'Estrapade)

L'Espagne et Calderon de la Barca, 1881.

Positivismo y Catolicismo, 1884.

La Asamblea Católica ante la verdadera Religión. Carta al señor don Joaquín Larraín Gandarillas, 1884.

Lettres sur le Positivisme et la mission religieuse de la France, 1886.

La Dictature républicaine d'après Auguste Comte, 1888.

Le faux et le vrai Positivisme, 1892.

DE LUIS LAGARRIGUE

(Santiago, calle de las Delicias, Núm. 64)

La Poesía positivista. Carta al señor don Guillermo Puelma Tupper, 1890.

DE JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

(Santiago, calle de la Moneda, Núm. 9)

La Religión de la Humanidad, 1884.

La separación de la Iglesia y el Estado, 1884.

El tránsito á la Religión de la Humanidad, 1884.

Centenario de Diderot, 1884.

Lettre aux positivistes français, 1885.

La verdadera política, 1886.

Los desafíos ante la moral positiva, 1886.

Circular religiosa, 1886.

Carta al señor don Juan Valera sobre la Religión de la Humanidad, 1888.

Carta al señor don Zorobabel Rodríguez, 1889.

Carta á la señora doña Emilia Pardo Bazán, 1889.

Segunda carta al señor don Zorobabel Rodríguez, 1889.

Segunda carta á la señora doña Emilia Pardo Bazán, 1889.

Segunda carta al señor don Juan Valera, 1890.

Carta á la señora doña Mercedes Cabello de Carbonera, 1892.